

En el camino de Santiago

Diario de un peregrino Adsis

Aún no había amanecido cuando salía de Sta. Irene. La oscuridad obliga a la utilización del frontal. En el cielo flota una luna llena grande y espléndida que mitiga la negrura de los momentos previos al alba. El camino se va desarrollando entre pequeños bosquecillos, o más bien arboledas más o menos frondosas y pistas de grava, paralelas a la carretera, alternándose unas con otras. La oscuridad hace que me concentre en el camino para no perderme, cosa que no consigo pese a los esfuerzos que hago para que no sea así; pero no tardo mucho en recuperar el camino (un despiste momentáneo). Poco a poco el cielo muestra los tonos rosados de la aurora y, de nuevo evoco la grandeza de Dios, la cual no deja de mostrarse por todas partes y en todas partes está.

Con la llegada del nuevo día que va surgiendo de la luz, puedo relajarme y volver a mis pensamientos al tiempo que entro en Arca, una pequeña población al borde de la carretera, en cuya iglesia hago parada para orar. Con el corazón agradecido me pongo ante el Señor, en su presencia voy recuperando el hilo de toda la jornada anterior, poniendo a sus pies todo lo hasta ahora pasado. Esto me posibilita ver mi historia en clave de fe, con la lucidez de un corazón renovado, sereno y en paz.

Permitiéndome que pueda mirar hacia el presente con otra perspectiva, con la capacidad de afrontar el aquí y el ahora no desde los presupuestos de un pasado que se alimentaba de sí mismo, sino desde la una realidad que se muestra dinámica y viva. Quizás tuviera que pasar por estos momentos para ser más consciente que es Jesús el que da impulso al proyecto de mi vida en toda su extensión. Hasta ahora he tenido la vaga impresión de que, desde que vine de América, he estado en casa como si ésta fuera un lugar donde el guerrero puede descansar de las fatigas y curar sus heridas. Tiempo necesario por otra parte para poder resituarme y ajustarme a una realidad que se mostraba nueva. Cuando llegué a esta casa dije en una comunicación: "este tiempo es tiempo de asentamiento y de adaptación. Hoy, armado nuevamente y con el ánimo dispuesto, vuelvo a la "lid".

Salgo de nuevo al Camino con el corazón unificado, en ese ejercicio constante de una sincera conversión que tenemos que realizar conscientes de nuestras limitaciones. Siento hoy la presencia de Dios en cada uno de vosotros como don que me es regalado, al igual que sentía su presencia en la belleza de la Naturaleza, que encontraba en el Camino.

Pero también sois ámbito de encuentro para con Él en la medida que voy entregándome a vosotros y en la medida en que os voy haciendo más míos, dejándome empapar en esa dinámica fraterna que se hace comunión. En la medida que seamos capaces de vivir en la autenticidad de la Comunidad fraterna, será signo del Reino. Ello es algo hermoso, que vivo con alegría. Sé por otra parte que hay dificultades en toda convivencia y no seré ingenuo en esto, pero pienso que en la fraternidad es donde se enmarca la vida por la que he optado y puedo decir que



hay alegría en ello; ya que sigo creyendo que construyendo la comunidad se puede construir el Reino. Es vivir un sueño, hacer real una utopía, lo cual me parece un regalo del cual gozo.

Con estos pensamientos llego a Labacolla, pequeña localidad que dista apenas diez kilómetros de Santiago. Allí hago una parada para descansar y desayunar. Hay en el pueblo una iglesia muy bonita que se encuentra rodeada de un cementerio, en su césped me siento para ahora descansar de nuevo en el Señor. Esta vez no hay intención más que de estar en su presencia. El lugar invita a pensar y pedir por aquellos que se encuentran en el cementerio de mi memoria, familia, amigos, pacientes... Más tarde voy evocando otros espacios y gentes en donde uno se ha dejado la piel y en donde uno va dejando la vida: "No hay mayor sacrificio que dar la vida por sus amigos".

Ahora me viene a la memoria la conversación con un postulante de los Hermanos de San Juan de Dios, el cual quería eso, morir por aquellos que estaba atendiendo, mientras yo sostenía que prefería dar mi vida en su servicio. De este modo, divagando por estos recuerdos voy entrando en cómo y en qué quiero servir a los jóvenes y a los pobres, que son "voz de Dios". Surgen en mi memoria los rostros de la gentita de Peñascales, pero también los voluntarios y trabajadores, comprometiéndome conmigo mismo en hacer un mejor servicio para con ellos. Surgen también ante mí los pacientes con los que todos los días voy teniendo oportunidad de hacer encuentro con el Señor desde su situación, compadeciéndome en su miseria y tratando de dar algo de esperanza a su desesperación. Veo que en torno a mí se acercan algunas compañeras, quizás atraídas por la curiosidad o por un modelo de vida poco común, no sé muy bien, pero como creo que decía San Pablo: "hay que evangelizar a tiempo y a destiempo". Y van surgiendo ideas que pueden ser útiles en este sentido.

Todo ello va bullendo en mi interior como de una necesidad de desarrollar todo un potencial que hay en mi interior y siento que hay que explotarlo. Entiendo que es más que el activismo personal en donde uno se afina en el reconocimiento, el éxito, o simplemente se escuda en esa dinámica que nos permite huir de frustraciones y fracasos personales. Sé que mi humanidad pasa también por ahí y algo de ello hay en todo esto, pero también sé que hay un impulso que me obliga a que los talentos dados rindan, siendo esta parte la que más pesa en todo esto. Y al final de la vida me preguntarán qué hice con los talentos. Siento que es una urgencia que hay que atender y no puedo dejar de hacerla. Rezaré y espero que recéis conmigo para que siga creciendo el trigo y no arranquemos la cizaña.

Tras estas reflexiones, salgo del cementerio y sigo camino, ahora por una pista paralela a la carretera con una pendiente pronunciada, y que habrá de continuar hasta el Monte do Gozo. Pero para ello hay que ganar terreno, y poco a poco, va quedando cada vez más lejos Labacolla. A un kilómetro y medio dejamos atrás Vilamaior. Pasando sucesivamente por las sedes de la TVG y TVE, no hay que esperar mucho para entrar en la aldea de San Marcos. Ahora tengo a la vista Santiago. Mañana, en la Catedral.

*Román Graña
(Madrid, 2009)*